

Me recibí de doctor...

¿y ahora qué?

Angel Rodríguez Kauth¹

Aleluya, terminé mi doctorado en Psicología el 3 de noviembre de 1995. Los amigos, los conocidos, los envidiosos, los hipócritas y demás, todos juntos en dulce montón, vienen a saludarme y a darme sus felicitaciones. Se supone que debiera estar hecho unas pascuas de alegría y emoción. Compartí una comida y unos buenos vinos —quizás algunos de más— con amigos y un par de familiares que tengo cerca de mí. Pero... Y es que siempre hay una conjunción adversativa que se interpone por el camino.

Nada ha cambiado. Sigo siendo el mismo del día 2 de noviembre, el mismo que continúa viviendo. Esa noche me acosté con la misma mujer con la que lo vengo haciendo desde hace más de un cuarto de siglo; mis angustias —debidas a cuestiones físicas, culpa de un maldito tumor cerebral que ya fue operado en 1987 y que ha vuelto a manifestarse— me han tenido hecho un guiñapo; el dinero me sigue faltando igual que cuando era un mero, simple y triste licenciado en Psicología. Pero ahora ...soy doctor. Y todo sigue igual en los lugares que frecuento, en mi trabajo, en mi casa, en la calle. La rutina es la misma, con una pequeña diferencia: ahora hasta algunos de los ordenanzas de la Universidad me dicen "*Che, doctor*", medio en solfa para los más jóvenes, y como cargada por parte de aquellos que hace años que me conocen y con quienes hablo de fútbol y de cosas más trascendentes —como mujeres o política— todas las semanas.

Entonces, ¿a qué tanto hacer ruido con el título? Es cierto, el primero que recibí hace más de 35 años me sirvió para trabajar

en lo que yo quería, para lo que había hecho algo así como que estudiaba, pero el actual, el flamante doctorado, solamente me da la satisfacción de decir que ahora soy Doctor, así, con mayúscula. ¿Y eso qué? Todo sigue igual y nada ha cambiado sustancialmente en mi vida después de tan magno acontecimiento académico.

Lo único que sí me ha despertado cierta suspicacia es el hecho de escuchar cómo cualquier profesional de la medicina, derecho, psicología y otras disciplinas se hacen llamar "doctor" con la mayor de las desaprensiones, sin haberse tomado jamás la molestia de hacer lo necesario (dar cursos, hacer viajes, estudiar sistemáticamente, escribir libros, etc.) para merecer el preciado grado.



¹ Universidad de San Luis, Casilla de Correos 272, 5700 San Luis, Argentina.

Debo confesar que el doctorado como tal no me costó mucho trabajo, aunque sí algún esfuerzo burocrático. Surgió la posibilidad de hacerlo cuando ya era viejo, poco después de haber escrito un libro sobre la vida y obra de José Ingenieros. Me dije entonces: "Y bueno... ya que estamos en este baile, ¿por qué no profundizo un poco más, sistematizo los datos y las lecturas, amplío el libro y le doy forma de tesis?". Y sin más, puse manos a la obra y en un año y medio puse fin a la tarea. Como puede verse, no fue un quehacer ciclópeo realizar una tesis de doctorado; lo único feo que tiene es que uno, después de un tiempo de trabajar con lo mismo, se aburre como ostra (Nota: No entiendo a los bioquímicos, que trabajan todos los días con excrementos y no sienten asco por ese quehacer escatológico). La verdad es que ya le estaba terminando por tomar bronca a mi admirado Pepe Ingenieros. Y creo que ese es el momento justo —en el que se siente fastidio y hasta bronca por lo que se hace— para decir basta, y a empezar con otra cosa.

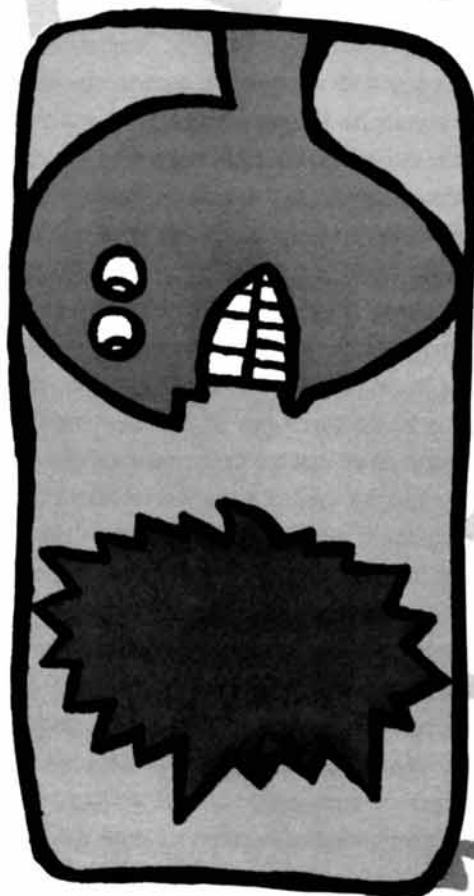
Volviendo al párrafo anterosuperior, donde hablaba de los falsos doctores, es preciso que insista en que observo algo así como que el doctorado se ha prostituido, se ha bastardeado entre tanto "regalo" de título y mención por parte de corporaciones profesionales que se protegen a sí mismas (Otra nota: En realidad protegen a sus miembros, siempre que no compitan entre ellos por los honorarios del cliente, al cual algunos profesionales llaman eufemísticamente "paciente"). Los colegios profesionales lograron ante la justicia que sus colegiados puedan anteponer a su nombre en los formularios, recetas y cualquier otro papelucho con que trabajan, el título de doctor. Y la justicia, por supuesto, ha hecho lugar a tamaño desatino jurídico y ético; y lo ha hecho por la sencilla razón de que el noventa y pico por ciento de sus colegas aboga-

dos nunca hicieron el doctorado, título que en su mayoría han usurpado.

Por último, para lo que más me ha servido el doctorado es para escribir estos renglones que, justo es reconocerlo, jamás me han tenido como protagonista de la usurpación de títulos que acabo de citar.

Cuando recibí mis títulos anteriores —de profesor y de licenciado—, todavía no era huérfano. Recuerdo que la obtención del título de profesor fue lo que me permitió ver lagrimear por vez primera en mi vida a mi viejo. El "nene" se había recibido. ¿De qué? No importaba, o importaba poco: lo que valía era el título. Ya el muchacho tenía título universitario, y mis viejos sentían que se habían realizado en su paso por el mundo.

Recuerdo que cuando les dije a mis padres —que vivían en un remoto e ignoto pueblecito del sur cordobés, General



Levalle, donde pasé posiblemente los mejores tres años de mi vida juvenil— que me iba a estudiar psicología, mi papá, con la ingenuidad llena de sagacidad y rapidez que tienen los hombres de campo para enfrentar hechos consumados cuando no saben para dónde apuntar, rápidamente me preguntó: "¿Si lo cogía a quién?".

En realidad, mi vocación psicológica es fruto más del azar y de lo sentimental que de una elección madurada y razonada. Resulta que en aquel pueblecito perdido en medio de las pampas tuve un profesor de física y química en la escuela secundaria. Este hombre, el "doctor" Jorge Terragó, era un muchacho joven que recientemente se había recibido de bioquímico en San Luis. Él fue quien me entusiasmó para estudiar psicología a partir de dos premisas muy personales (una de él y la otra mía). La de él estaba referida a que alquilaba un departamento en esta última ciudad juntamente con otros estudiantes, y si no lograba reclutar a alguien para vivir en ese lugar, tenía que pagar todo el alquiler él solo; es decir, necesitaba un idiota para que lo reemplazara en el lugar y se hiciera cargo del pago mensual. Ese idiota fui yo, y el argumento con que Jorge me convenció, como si fuera una varita mágica, fue que en San Luis estaban estudiando psicología muchas mujeres. Que a un muchacho de 18 años le hablen de mujeres es como que a un viejo le hablen del elixir de la juventud. Y rápidamente me quedé prendido con su propuesta.

En realidad yo no estaba muy lejos de la psicología. Apuntaba para el lado de la filosofía, la historia o la política, ya que eran las únicas disciplinas que me gustaban de la escuela secundaria y sobre las que me interesaba tanto que llegaba a leer sobre las mismas cantidades industriales de libros. En general, me gustaban lo que se conoce como "humanidades". Vaya una anécdota como muestra de lo que pueden ser las vocaciones juveniles. Para ir a la escuela matutina en aquel pueblecito de General Levalle, debía caminar algo así como veinte cuadras en medio de la polvareda ("polvadera", decían los paisanos del lugar), y lo hacía acompañado de un amigo que era fanático de las ciencias "duras". Íbamos a la escuela a eso de las 5 de la tarde, ya que entrábamos a las 6, cuando salían los chicos que asistían a la primaria. Mi compañero, "El Gringo" Inocentini, había estudiado, para dar la lección del día, todo lo que se refería a las humanidades, mientras que yo lo había hecho con las ciencias "duras", entendiéndose por tales las matemática, la física y la química. Por supuesto, ni él había



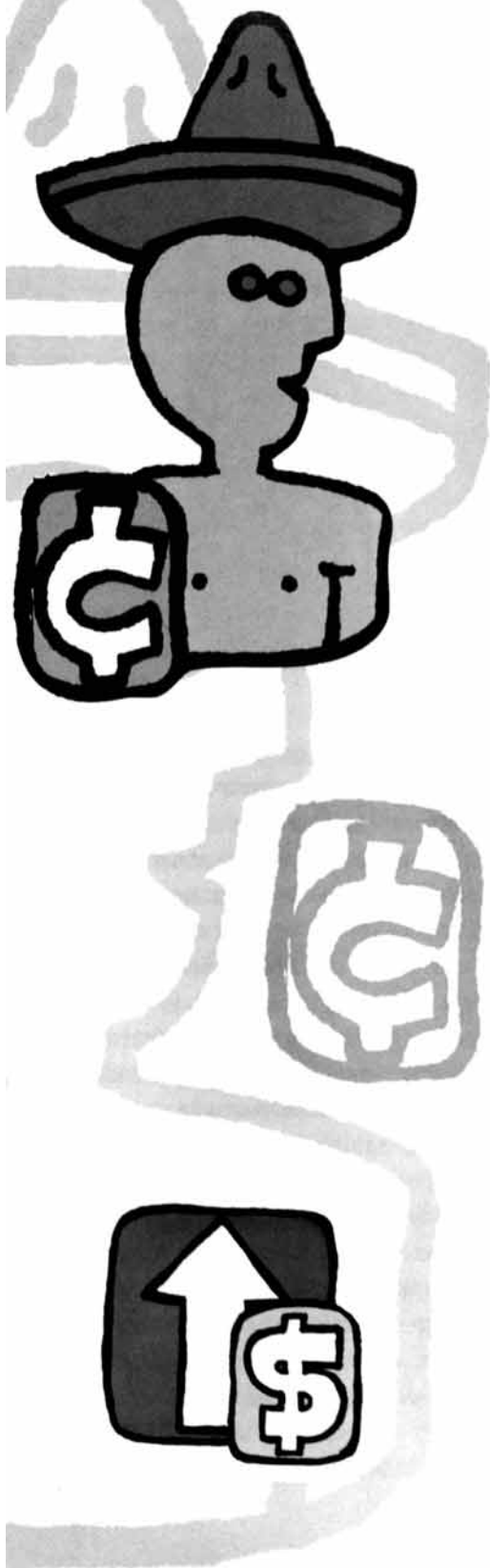
entendido nada de geografía, de literatura o de historia, ni yo había comprendido un rábano de las matemáticas o la química. Sin embargo, durante el trayecto yo le explicaba a "El Gringo" lo que él había leído de humanidades, y él me explicaba a mí lo que yo había estudiado de las "ciencias" esas, que para mí eran intragables. Ergo, él sacaba altas notas en lo que le gustaba y bajas en los temas que yo le explicaba y que él se había pelado las pestañas estudiando; exactamente a la inversa ocurría conmigo. "El Gringo" no estudiaba en su casa lo que le gustaba... y yo tampoco, ya que los libros de texto tenían un alto contenido "plomífero"; en consecuencia, preferíamos leer los contenidos de otros libros que no fuesen los de textos y que eran mucho más divertidos, completos y complejos, al menos para nuestros gustos de entonces y de ahora.

Por aquel entonces yo era un fanático de la historia argentina, especialmente la del pe-

riodo de la dictadura de Rosas; pero la ignorancia campesina me impidió saber que se podía estudiar sistemáticamente historia en la universidad. Y es que en esos años no existían los servicios de orientación vocacional. (Nota: un invento de los psicólogos para ganar un espacio laboral y no estar desocupados, pues su efectividad no está comprobada en modo alguno). Gracias a ese desatino, no tuve más remedio que estudiar psicología, que tampoco sabía que existía pero que, merced a los intereses espurios de un amigo, me encaminaron en aquella dirección.

Pero retorno al episodio del doctorado porque tiene divertidas aristas que requieren ser comentadas. Mi directora de tesis, la doctora Claribel Morales de Barbenza, "Clarita", es una mujer sensacional. Ella me corregía con fervor de maestra rural mis capítulos llenos de términos escatológicos o francamente mordaces e irónicos. Clarita no es una persona afecta a tal tipo de expresiones; más aún, con todo el respeto y afecto que siento por ella, debo reconocer que es una académica perfecta y que mi lenguaje no encaja con el suyo. Un botón de muestra basta para ejemplificar los hechos: una mañana vino a verme a mi oficina —ya cansada de pedirme que borrara ciertos renglones o que cambiase determinadas palabras— y me dijo con toda la adustez de que es capaz: "Angel, o nos ponemos de acuerdo y usted cambia estas cosas, o yo no le dirijo más la tesis". El conflicto que me planteó fue existencial. Si ella me abandonaba, debía reiniciar mis trámites burocráticos, con lo cual demoraba los tiempos que tenía previstos dedicarle a la tesis. Además, justo es reconocer que Clarita estaba jugando el papel de mamá en mi vida de más de diez años de orfandad materna. Frente al dilema planteado, no pude dejar de reconocer que tenía razones de peso para sus argumentaciones, por lo que decidí hacerle caso a regañadientes y seguir sus consejos. Pero... (también existe una conjunción adversativa en las decisiones que se toman) con los límites que me imponía escribir lo que yo quería, haciéndolo a partir de ese momento con el mejor lenguaje académico que conozco y que es preciso reconocer que he utilizado poco o nada en mi paso por los ámbitos de la "alta cultura".

Otra anécdota divertida (ya para ir terminando con este anecdotario) se produjo el día de la "defensa" de la tesis. El salón donde funciona el Consejo Superior de la Universidad estaba colmado de un público que quería escuchar los disparates con que el citado Consejo me iba a despachar. Luego




de hablar algunas naderías con los miembros del jurado, uno de ellos me propuso que empezara a "defender" mi tesis, a lo cual repliqué que para poder defenderme era preciso que fuese atacado por alguien. Normalmente no empiezo las balaceras por placer, sino cuando otro me dispara primero. Este episodio produjo un desconcierto total en el jurado: Clarita se puso roja como una grana y hubo risas no contenidas entre el público. Ahí se armó la única discusión seria con el jurado. Ellos aducían que la tradición universitaria y las propias reglamentaciones de la Universidad decían que el tesista "defenderá" su presentación ante el jurado y el público presente. Yo insistía que ni la historia ni la tradición nos condenan: si los textos de las ordenanzas universitarias decían una pavada, yo no tenía por qué hacerles caso, y menos aún tratándose de un ámbito académico donde se supone que todo puede y debe ser cuestionado. Si la tradición nos condenara a repetirla y a repetirnos, yo tendría que haber ido de toga y tricornio a rendirles cuentas y no descamisado —en realidad sin saco—, tal como lo hice. Resultado final: me pidieron que hablara de lo que yo quisiera. Estuve tentado de ponerme a hablar de fútbol, pero uno de los miembros del jurado —que me conoce bastante— se sacó de la manga una pregunta baladí, y a partir de ahí todo se desarrolló por los caminos normales o esperables para estos acontecimientos rituales de la vida universitaria. Terminada la amable charla con el jurado y con algunos de los asistentes, siguieron muchos besos y abrazos... y de vuelta a mi oficina para hacer como que trabajaba y, algo más tarde, para asistir gozosamente a un almuerzo (que me tocó pagar a mí, como es de rigor) en compañía de los miembros del Tribunal, de mi amada compañera y de algunos amigos, no muchos de ellos porque si los hubiera invitado habría tenido que hipotecar hasta las pringosas zapatillas que llevaba puestas.

Otra anécdota —ésta no tan divertida, pero que pone al descubierto las maledicencias e infamias de la vida académica— se produjo cuando una íntima amiga, ajena al ambiente universitario y médica por más referencias, me contó que un miembro local del jurado conversaba con uno de los miembros foráneos. Este último le comentaba al primero que estaba muy sorprendido por la cantidad de personas que se hallaban presentes en el salón del Consejo Superior, escuchando lo que se suponía que debía ser mi "defensa" oral de la tesis, a lo cual el "local", hasta entonces muy amigo mío, le respondió algo así como que: "El


Angelito tiene muchos amigos, pero así también tiene de gente que no lo quiere". "Si la envidia fuera tiña, el fulano tendría que estar tiñoso", pensé. No es que no tenga enemigos o no haya gente que no me quiere; por supuesto que tengo adversarios. Hasta los dioses los tienen... y yo apenas soy un Angel. El tema no es que tenga o no tenga enemigos, cosa que se da por descontado. Lo que me molestó terriblemente es que haga tal tipo de comentarios insidiosos, lo que no agrega ni quita algo a lo que en ese momento se estaba haciendo. Y lo peor es que ese personaje debió suscribir el acta en que me calificaron con sobresaliente.

Y ahora soy doctor... y qué. Yo prefiero que la gente me diga *señor* en lugar de *doctor*. Y la causa no es compleja; por el contrario, resulta ser muy sencilla. Los títulos se pueden comprar, pero el señorío se gana con el vivir cotidiano junto a los otros, se logra merced al recono-







cimiento de los otros, esos otros que son los que a uno lo rodean y que no se fijan en títulos o méritos ostentosos, sino que solamente te observan en el quehacer diario: si eres un vecino cascarrabias, si tienes deudas y si las pagas, si eres servicial con los caídos en desgracia y cosas de esas, cosas que te hacen ganar el señorío aun siendo un viejo cascarrabias como soy yo, pero que tengo la virtud —al menos creo que eso es— de poder reírme de las estupideces que hago y digo a diario.



En la actualidad, los doctorados hasta se venden por dinerillos; no cuestan trabajo en sí, sino que hay una suerte de desviación del producto del trabajo —o de la renta— en dirección a pagar la suma acordada para que otro te haga el trabajo de investigación que te coronará con el preciado título. Y, además, no nos engañemos: todos sabemos que existen universidades "paralelas" que venden doctorados y maestrías a aquellos que están dispuestos a pagar sus canonjías, también llamadas eufemísticamente "aranceles". Y esto no es cuento chino mío, pues no soy chino, sino que cualquiera puede ver las ofertas de tales "casas de estudio" en los avisos periodísticos y hasta en la televisión.



Por otra parte, según me contaba un gran amigo surgido del correo electrónico y que también es doctor, al fin y al cabo alcanzar un doctorado no lleva más que tres, cuatro o cinco años, a menos que uno sea muy burro; pero lograr ser un *señor* lleva toda una vida ... y a veces ni así se alcanza.

